

EL GRAN ERROR DE JOHN RAWLS

(una concepción errónea del utilitarismo)

Por: Francisco Vergara *

La finalidad de este artículo es de hacer evidente un error muy frecuente con respecto al utilitarismo. Se trata de un error que comete, entre otros, John Rawls, adversario contemporáneo por excelencia de esta doctrina. John Harsanyi, que es más bien simpatizante de la doctrina, cae en la misma confusión. Se trata de un error que cometen a menudo los comentaristas que han estado en contacto con la teoría económica y que han sido influenciados por la teoría del consumidor de la microeconomía. El error consiste en confundir dos estados mentales (o fenómenos síquicos) perfectamente diferentes :

- « la felicidad » (que los utilitaristas consideran como *la finalidad de la vida*) y
- « *la satisfacción* de los deseos » (*la finalidad del consumidor* en la teoría económica moderna - lo que trata de maximizar el consumidor).

El hecho que los utilitaristas se sirven a menudo de la palabra «utilidad» para referirse a la felicidad (como en las expresiones «*utilidad pública*» o «*utilidad general*») mientras que los economistas hacen uso de la misma palabra para designar la satisfacción del consumidor (como en la expresión «utilidad marginal»), no es ajeno a esta confusión.

Desde las primeras páginas de su libro, el error de Rawls salta a la vista:

« Tal como yo lo comprendo, el principio de utilidad, en su forma clásica, define el bien como *la satisfacción del deseo*¹»

« El tipo de utilitarismo que yo describo aquí es la estricta doctrina clásica cuya formulación más clara y accesible quizá la encontramos en Sidgwick. La idea principal es que una sociedad está bien ordenada ... cuando sus principales instituciones están organizadas para procurar la mayor cantidad posible de *satisfacción* para el conjunto de los individuos que la forman²»

Para alguien que ha leído a cualquiera de los utilitaristas clásicos (Benham, Mill o Sidgwick), lo que choca en estas definiciones, es la ausencia de la palabra “felicidad”

* Francisco Vergara es autor de Introducción a los fundamentos filosóficos del liberalismo (Filosofía y Pensamiento, Alianza Editorial, Madrid, 1999). Ver www.fvergara.com.

¹ John Rawls, « Classical Utilitarianism », dans *A Theory of Justice*, Harvard University Press, p. 22.

² *Idem*, p. 20.

(*happiness*). ¿Quién puede ignorar las frases celebres como «la más grande *felicidad* del mayor número de personas» (*the greatest happiness of the greatest number*) o «la *felicidad* de la comunidad» (*the happiness of the community*), repetidas una y otra vez por los utilitaristas? ¿Porque Rawls evita esta palabra? Cuando el adversario de una doctrina no quiere utilizar, para designar el concepto clave de la doctrina que critica, la expresión habitual que emplean todos sus grandes teóricos, se puede temer que hay un embrollo.

El error de Rawls proviene del hecho que la palabra «satisfacción» (como la expresión «estar contento» o «contentar») posee, tanto en inglés como en español (y en francés), dos significados diferentes. Cuando se utiliza la palabra sola (sin precisar que se trata de la satisfacción *de los deseos*) puede servir como sinónimo de «felicidad» y designa de manera general cualquier estado mental agradable. Si esta fuera la única acepción de la palabra «satisfacción» entonces la definición empleada por Rawls sería impecable y no habría ninguna confusión.

Pero, basta con pensar un poco para darse cuenta que la palabra “satisfacción” tiene otro sentido (otra acepción) en la cual *no es* sinónimo de “felicidad”. Este segundo sentido está claro cuando se precisa que estamos hablando de «satisfacción *de los deseos*» (es por aquí que se introduce el error de Rawls). En este sentido, la palabra “satisfacción” designa el estado mental o afectivo que *acompaña* o que viene *justo después* de que un deseo o una inclinación hayan sido *apacados* o *apaciguados*. En esta acepción, «satisfacción» es el nombre genérico que reciben esos estados de relajación o alivio que uno experimenta después de que el hambre, la sed, la concupiscencia, la ambición, la curiosidad, etc., han sido *apaciguados*, *apacados*, *aliviados*, *extinguidos*, *saciados*, etc.

El sentido es claro en todos los diccionarios. Así, el prestigioso diccionario filosófico francés *Lalande* la define como:

« estado afectivo comúnmente relacionado al hecho de que una *inclinación* o *deseo* acaban de alcanzar su objetivo ».

En tanto que el *Diccionario General Ilustrado* la define como:

« Cumplimiento del *deseo* o del *gusto* ».

En esta segunda acepción, la palabra «satisfacción» transmite bien lo que un niño caprichoso (que está feliz únicamente si obtiene lo que desea) podría confundir con la felicidad. La palabra «satisfacción» puede también servir, eventualmente, para referirse a lo que el consumidor trata de maximizar cuando entra en un supermercado con una suma

determinada de dinero. Pero la vida no está compuesta únicamente de esos momentos de *alivio* (o satisfacción) que acompañan la compra de un producto o que vienen después de saciar un deseo. La palabra «satisfacción» parece demasiado reductora para expresar correctamente lo que los utilitaristas (y no solamente ellos) entienden cuando hablan de «felicidad»; la palabra no abarca una amplia gama de estados mentales o afectivos agradables que ocupan gran parte del día y de la vida y que son absolutamente indispensables para la felicidad de una persona madura y con algo de inteligencia.

La palabra no es sinónimo de felicidad puesto que no incluye *todos* los estados mentales o psíquicos agradables, sino solamente *una pequeña parte* de ellos. En primer término no comprende todos esos placeres y gozos tan importantes para una vida feliz que experimentamos no «después» de obtener el objeto deseado, sino «antes»: en la lucha por su obtención. Tales son los placeres del artista que busca la forma más perfecta para expresar una idea; del científico que busca la solución a un problema; del reformador social que lucha por un mundo mejor, etc. Y no olvidemos en esta lista, todos los gozos tan agradables, como la fase de excitación creciente en el amor, el entusiasmo en los juegos, la caza y el deporte, tantos placeres que vienen *antes* de que el deseo haya sido aplacado (antes de la satisfacción). En este respecto, citemos a Sidgwick (puesto que es el autor que Rawls da como referencia con relación al utilitarismo clásico):

« Es casi una banalidad el afirmar que este tipo de placeres, que podemos llamar placeres de Perseguir (Buscar), son mucho más importantes que los placeres de Alcanzar (Conseguir) ... lo que frecuentemente es el caso en la búsqueda de la verdad, tanto científica como histórica (*the pleasure of Pursuit, are more important than the pleasures of Attainment*)³»

En segundo término, la expresión «satisfacción *de los deseos*» no incluye tampoco otra amplia gama de placeres: es decir, aquellas emociones y sentimientos encantadores y agradables que llegan *sin que los hayamos deseado* y que forman una buena parte de lo que llamamos «una jornada deliciosa»:

« En lo que me concierne, escribe Sidgwick, muchos de mis placeres – en particular aquellos de la vista, el oído y el olfato, así como una gran cantidad de emociones

³ Henry Sidgwick, *The Methods of Ethics*, Hackett Publishing, 1982, p. 47-48.

agradables – me llegan sin que yo pueda percibir una relación entre ellos y cualquier deseo *previo*⁴».

Pero existe una tercera razón, la más importante de todas, para rechazar la expresión «satisfacción *de los deseos*» para designar el ideal utilitarista. Frecuentemente sucede que la satisfacción de ciertos deseos acarrea con ella más dolor que placer y disminuyen la felicidad. Y a menudo son los *deseos los más fuertes* los que producen mayor dolor, como el deseo de consumir drogas, el deseo de venganza, de entregarse a la ira, etc.

La “satisfacción de los deseos” no es el bien supremo (el *sumum bonum*) de la vida y el utilitarismo exige que evaluemos nuestros deseos. Necesitamos entonces un criterio para juzgar y en el caso de los utilitaristas, ese criterio es *la felicidad* (palabra que Rawls evita) o eventualmente *la tristeza* a la cual conducen. Este criterio nos dice que debemos fomentar ciertos deseos (aquellos que aumentan la felicidad) y evitar o combatir aquellos que la disminuyen. Todos los utilitaristas lo han dicho. Así, John Stuart Mill escribe:

«Es necesario que exista un criterio que permite evaluar el bien y el mal, absoluto o relativo, *de los objetos que deseamos*⁵»

A la pregunta que se hacen los filósofos desde la Antigüedad «Cual es la buena vida?», «Que debo hacer?», los utilitaristas habrían respondido (según Rawls) «has lo que quieras», «has lo que deseas». Lo cual es absurdo. Como dice Hume :

«Recurrimos al filósofo para saber como elegir nuestros fines ... buscamos saber *cuales de nuestros deseos* debemos satisfacer, a cual de nuestras pasiones debemos entregarnos, que apetitos debemos saciar⁶»

Observemos que no es necesario ser un utilitarista para comprender que *satisfacer nuestros deseos* y *buscar la felicidad*, son dos cosas totalmente diferentes. Así, escribe Dugald Stewart:

«La observación más superficial de la vida humana basta para convencerse que la felicidad no se alcanza dándole a cada apetito y a cada deseo la satisfacción que

⁴ *Idem*, p. 44-45

⁵ John Stuart Mill, *A System of Logic, dans The Collected Works*, vol. VIII, p. 951.

⁶ David Hume, *Essays*, Liberty Fund, 1986, p.161.

reclama y que es necesario adoptar un *plan* o *sistema de conducta* al cual podamos subordinar nuestros fines⁷»

La conclusión se impone. Si por «felicidad» entendemos, como lo hacen los utilitaristas ingleses, *una vida llena de la más amplia cantidad y diversidad posible de placeres o estados mentales agradables*, entonces no podemos confundirla con «*la satisfacción de los deseos*»; no podemos tampoco calificar como «utilitarismo» (y mucho menos como «utilitarismo clásico») la doctrina que Rawls critica.

Un utilitarismo de los economistas?

Basta con leer *Teoría de la justicia* para notar que en 1971, Rawls estaba (como tantos otros) fuertemente influenciado por el (prisionero del) vocabulario y forma de razonamiento de la teoría de la decisión y de la hipótesis de comportamiento del consumidor en los manuales de economía. En estos manuales, *se postula* que el individuo (que posee “ciertos gustos y preferencias”) elige, de entre todas las alternativas posibles dentro de lo que le permite su presupuesto, aquella canasta de bienes que le aporta «mayor *satisfacción*» o que se sitúa «lo más alto en su escala de *preferencias*»; esta manera de decidir es también denominada «maximizar la *utilidad*». Expresión deplorable, que ha conducido a tantas confusiones, como lo han indicado tantos economistas que han reflexionado sobre este problema. Rawls, como tantos otros, parece haber comprendido que esta manera de decidir representa el ideal por excelencia de los utilitaristas, y que esta doctrina ética propone que se aplique a la sociedad en su conjunto :

«tal como *el bienestar* de una persona está constituido por la *serie de satisfacciones* que experimenta en diferentes momentos ... igualmente el bienestar de la sociedad está constituido por (de?) la satisfacción de *los sistemas de deseos* de los numerosos individuos que la componen ... El principio de decisión válido para una sociedad es [según el utilitarismo] una extensión del principio de decisión válido para un individuo [el principio de decisión ¿del individuo en las grandes decisiones de la vida – cuando elige sus fines? o ¿el del consumidor en el

⁷ Dugald Stewart, *Outlines of Moral Philosophy*, Londres, vingtième édition, p. 109.

supermercado? F. V.] ... es a partir de estas reflexiones que uno llega de la manera más natural al principio de utilidad⁸».

Lo que es absolutamente falso.

En 1982, una decena de años después de la aparición de *Teoría de la Justicia*, cuando la prestigiosa editorial filosófica Hackett pidió a Rawls que escriba el prefacio de una reedición del libro de Sidgwick *Metodos de la Etica*, este parece haber releído el libro de manera más minuciosa porque cambia radicalmente su definición:

« En la tradición utilitarista, Henry Sidgwick ocupa un lugar importante. Su libro fundamental *The Methods of Ethics* es la mas clara y asequible presentación de lo que podemos llamar “la doctrina utilitarista clásica”. Esta doctrina clásica sostiene que el fin moral ultimo de las acciones colectivas e individuales, es *la mayor cantidad de felicidad neta de todos los seres sensibles*⁹»

Las palabras «deseo » y «satisfacción » han desaparecido completamente.

Algunos autores contemporáneos han comprendido que la doctrina que Rawls critica no es el utilitarismo clásico «de Sidgwick » (ni el de Benthan ni el de Mill). Pero, han adoptado la solución lamentable de sostener que existen *dos tipos de utilitarismo*: un «utilitarismo clásico » (el cual postula “la felicidad” como el fin supremo de la vida) y un «utilitarismo moderno » o «utilitarismo *de las preferencias* » (que plantea como bien supremo la *satisfacción de los deseos* o de las *preferencias*).

A veces se afirma que este «segundo *utilitarismo* » sería el de los economistas. En realidad, aun cuando el vocabulario que han utilizado no ha sido siempre del todo preciso, cuando han examinado explícitamente este problema, los economistas algo profundos (Irving Fisher, Francis Edgeworth, Pigou, Alfred Marshal, Paul Samuelson, Frank Hahn, etc. .) han criticado la confusión a la cual nos referimos aquí. Así, por un lado Rawls sostiene que:

« *El bienestar* de una persona esta constituido por *la serie de satisfacciones que experimenta* en diferentes momentos¹⁰»

⁸ Rawls, Idem, 21, 49-50.

⁹ John Rawls, “Foreword” en Sidgwick, Henry, *The Methods of Ethics*, editorial Hackett, 1982, p.V.

¹⁰ John Rawls, *A Theory of Justice*, Harvard University Press, p. 23.

Mientras que el economista Pigou critica explícitamente (y categóricamente) esta opinión:

« *las malas satisfacciones* difícilmente pueden contribuir al bienestar ... un tal argumento postula de manera tácita que la maximización de las satisfacciones es lo mismo que la maximización del bienestar. Pero, ¿es esto exacto? ... por bienestar entendemos algo que no es simplemente deseado pero que además es bueno ... Algunas personas desean intensamente y obtienen mucha satisfacción en el consumo de una gran cantidad de alcohol u opio ... es apoyándose, en parte o totalmente, en este argumento que los gobiernos ponen obstáculos a la compra del opio¹¹».

JOHN STUART MILL, SOCRATES Y EL PUERCO.

La confusión entre *felicidad* y *satisfacción* parece estar al origen del error tan corriente de aquellos que afirman que John Stuart Mill no era un utilitarista consecuente puesto que sostuvo (en un pasaje celebre de su libro *Utilitarianism*) que *más vale* un Socrates infeliz y desdichado que un puerco feliz. Evidentemente Mill jamás escribió algo por el estilo, excepto en un error de traducción de la primera edición francesa del libro en cuestión. En el pasaje tan frecuentemente citado (mal citado), Mill simplemente hace énfasis en lo que acabamos de decir, que no hay que confundir *satisfacción* con *felicidad*:

« Es mejor ser un humano insatisfecho que un cerdo satisfecho, es preferible ser un Socrates insatisfecho que un imbécil satisfecho [...] Cualquiera que piense que esta preferencia se hace en detrimento de la felicidad confunde dos ideas extremadamente diferentes, la de *felicidad* con la de *satisfacción*¹²»

La frase de Mill no tiene nada de paradójico para aquel que ha comprendido la diferencia entre *felicidad* y *satisfacción*. Un ejemplo simplificado permite comprender porque un Socrates insatisfecho puede no obstante, haber sido a lo largo de su vida, mucho más feliz que un cerdo totalmente satisfecho. Supongamos que un puerco no es capaz de experimentar mas que un solo deseo: comer maíz. Un puerco perfectamente satisfecho (que siempre ha obtenido *todo lo que desea*) no habrá conocido, durante toda su vida, mas que un solo tipo de placer.

¹¹ A. C. Pigou., *Income, An Introduction to Economics*, Macmillan, 1949, p. 73-74

¹² John Stuart Mill, *Utilitarianism*, op. cit., p. 140.

Supongamos después (siempre de manera simplificada) que Sócrates conoce cuatro deseos: comer, ir al teatro a ver obras de Sófocles, discutir de filosofía y reformar las leyes e instituciones de su patria. Vemos, inmediatamente, que durante su vida habrá conocido por lo menos cuatro tipos de placeres, mientras que el cerdo habrá conocido uno solo. Pero, basta con considerar el cuarto deseo para entender que, al opuesto del cerdo, Sócrates jamás habrá estado totalmente satisfecho. Pero, a pesar de esta insatisfacción (de la cual no participa el cerdo) tiene el potencial de conocer, a lo largo de su vida, *mayor cantidad y más variedad de placeres* que el animal en cuestión; y es en esto que consiste “la felicidad” de la cual hablan los utilitaristas.

Observemos que aquí, como en tantos otros casos, errores de traducción hacia el francés (repetidos por generaciones de comentaristas) han contribuido a reforzar las confusiones teóricas. Pongamos lado a lado la versión original del texto de Mill (en inglés) con la versión traducida por P.L. Le Monnier quien, de forma manifiesta, confunde las palabras que Mill trataba de distinguir:

Versión en inglés	Traducción de Le Monnier (en francés)
« Is better to be a human being <i>dissatisfied</i> than a pig <i>satisfied</i> ; better to be Socrates <i>dissatisfied</i> than a fool <i>satisfied</i> » (op.cit., p.140)	« Il vaut mieux être un homme malheureux qu'un porc satisfait, être Socrate mécontent qu'un imbécile heureux ¹³ »

¹³ « vale más ser un hombre desgraciado que un puerco satisfecho, ser Sócrates descontento que un imbécil feliz » (librairie Félix Alcan, Paris, 1919, p.18).